número

21 y 22 | Buenos Aires | SI, SI; NO, NO | Octubre 1931 | 20 Ctvs.

FOTOGRAFIA Y CINE

Recientemente, mientras Bouchard exhibía sus fotos de San Pablo (1), se efectuaba en otro local una exposición de pruebas fotográficas sacadas de películas rusas. Curiosa observación: las fotos de Bouchard, simple reproducción de espectáculos sorprendidos en su inmovilidad de un instante, nos daban la impresión de una movilidad misteriosa, y en cambio, las pruebas obtenidas con películas admirables y de intenso movimiento, sólo presentaban apariencias inertes. Eso se explica porque el fotógrafo y el operador de cine, aun cuando se valen del mismo material, no abstraen de la naturaleza el mismo objeto. El primero debe asir el movimiento en el instante, mientras el segundo atisba en el movimiento de cada instante la preparación del movimiento siguiente. Es preciso, pues, que haya una diferencia profunda entre la realidad instantánea de un objeto y su realidad respecto a los instantes que lo preceden o lo siguen, para que detenida, la más ágil escena de una buena película nos parezca muerta, y encontremos movimiento en la fijación, que debiera ser inerte, de una apariencia fugitiva. Y esto nos mueve a pensar que el objeto mismo, si es un ser vivo, no debe conducirse de igual modo cuando lo enfoca la lente del fotógrafo o la cámara cinematográfica.

Yo mismo lo he experimentado cierta vez que me propusieron como objeto de una película: no sabía cómo arreglármelas. Porque, en suma, lo que se trata de fijar en la película no es la concentración de todo el ser en la unidad más densa, algo como la danza cerrada sobre sí de un cuerpo animado en cada uno de sus puntos por una fuerza indivisible, sino su participación en el mundo que lo rodea, y al cual es indispensable que no deje de pertenecer. Pero si falta el "argumento" es muy difícil persistir en ese contacto con la realidad circundante. El encanto de algunas películas documentales de naturaleza proviene de que se ha conseguido fijar en su desarrollo esa unidad espontánea que sus factores realizan sin sospecharlo. La belleza que les es propia llega entonces a su límite, y cuenta para producirse con esa colaboración inconsciente que no puede ofrecer por sí solo el hombre cuando sabe que lo están filmando. Para conseguirlo es preciso que el ritmo humano sea transpuesto, ya en lentitud, ya en rapidez, como si hubiese una ruptura espontánea entre el hombre y el mundo, y sólo fuese posible salvarla sustituyendo en el individuo, su exigüidad, por el tema sutilizado que le impone un espíritu que lo domina.

He observado ya que el espectáculo de una calle concurrida no produce en el cine la menor emoción, y sin embargo sus actores no saben que los filman. En cambio la foto de la misma calle puede ser admirable. No basta, pues, que el actor involuntario tenga el propósito de estar de acuerdo con lo circundante, es preciso que lo esté inconscientemente. Pero ese acuerdo no puede ser realizado por el individuo que lo procura sin motivos profundos, ni por aquel que no se propone realizarlo. Una vez más comprobamos aquí la necesidad del amor para componer una obra bella con un espectáculo cambiante. La belleza del mundo habitado es el reflejo vivo que sus componentes se ofrecen los unos a los otros.

Pero si la belleza del mundo, tal como la exige el fotógrafo para fijarla en la placa, no procede de esa interdependencia, en cierto modo orgánica, de los seres entre sí (y con su ambiente) ¿de qué dependerá sino de la precisión del artista para sorprender el momento, tal vez único, en que gracias al artificio de las luces y las sombras, aquella muchedumbre entra en la unidad de su misterio? Quiero decir que la belleza fotográfica de un espectáculo animado no se distingue de la emoción de misterio provocada por el azar de las combinaciones de sus elementos. En cambio la belleza cinematográfica del mismo espectáculo deriva exclusivamente de una especie de circulación interior, que tiende a continuarse, a prolongarse o a morir. La pantalla nos revela la instabilidad del amor invisible; y nuestra emoción proviene de las escenas sucesivas, unidas íntimamente unas con otras, secretamente ligadas, y que comportan el anuncio del fin. Así podemos apreciar la importancia de esa unidad oculta que se hace y se deshace entre límites infranqueables. El misterio de la fotografía no es ese desequilibrio vivo y oculto, que reclama una respuesta y que responde a una formulación precedente. Lleva en sí mismo su comienzo y su fin. Plantea de una vez el enigma y nos entrega su propia respuesta. Es el misterio del movimiento equilibrado, que una simple relación de valores descubre a nuestros ojos.

Hablaba de azar. ¿No sería mejor decir que sólo en un momento la belleza del conjunto vivo coincide con la belleza de su fotografía? Casualidad si se quiere. Pero casualidad que, en la transformación incesante de las apariencias, indica el punto en que el estilo del artista (es decir su propia vida) y el estilo del espectáculo se juntan, y para cuya aprehensión instantánea el artista necesita un temperamento muy sensible a la vida exterior, que le permita advertir el instante en que la intimidad del espectáculo descubre sus aspectos y se entrega, y al mismo tiempo un conocimiento completo de las posibilidades de su arte, de lo que pueda ser en la placa, en blanco y negro, esa vida exterior cuya evolución vigila y una de cuyas apariencias se decide de improviso a fijar, guiado por esa especie de olfato que presiente y que tal vez elige un poco a lo que salga, pero que en suma es también sensibilidad y conocimiento. No se trata, pues, de fijar gratuitamente, como lo hacen los pintores de hoy, un ritmo imaginario. En esa referencia a la casualidad, que he invocado quizá sin razón, y cuyo papel en todo caso no habría que exagerar, se revela más bien la importancia de la ciencia técnica y sobre todo del amor. El fotógrafo acecha el momento en que el misterio de un ser o de un espectáculo se exterioriza en sus apariencias. Y para sentir esa manifestación, para reconocer

(1) Aldea provenzal.

SUMARIO

NÚMERO: El hermano político. — RENÉ SCHWOB: Fotografía y cine. — TOMÁS D. CASARES: El orden civil. — JACOBO FIJMAN: Ciudades, más ciudades. — RAFAEL JIJENA SÁNCHEZ: Canción de la luna verde. — R. M.: El príncipe de este mundo. — IGNACIO B. ANZOÁTEGUI: Panfleto contra los maestros. — DIMAS ANTUÑA: Tres misterios de Señor San José. — MARIO PINTO: Contra Unamuno. — ALBERTO PREBISCH: Arquitectura y urbanismo. — DIBUJOS y GRABADOS de Héctor Basaldúa, Ruth Schaumann y Juan Antonio. — FOTOGRAFÍAS de obras de Alberto Prebisch, J. A. Ballester Peña y Matthías Grünewald.

su máximum entre todos los instantes en que se presenta con intensidad variable y en grados que no cesan de cambiar ¿qué se requiere sino humildad ante las cosas, sumisión a su beneplácito, negación de sí y amor a la belleza del mundo? Pero no tanto a esa belleza que el mundo presenta de ordinario, cuanto a la belleza excepcional que la naturaleza reserva para quienes más la aman, en los instantes en que — frágil enunciación de su misterio — se revela en su más pura espiritualidad. Y entonces se puede hablar de espiritualidad de la materia: rompe ésta en un canto efímero cuando los elementos que la componen se armonizan ajustadamente en alabanza silenciosa. Y esa es la belleza misteriosa cuya existencia atestiguan las fotos de Bouchard. Por ellas sabemos qué lirismo se desprende de las piedras de tal muro, de aquella sinfonía de techos o ese camino entre árboles, a cierta hora, con cierta inclinación de la luz, sin que ninguna solicitación humana haya intervenido, porque aquí el amor del hombre no ha hecho más que sorprender y fijar.

Se ve con esto cuál es el descubrimiento del mundo que las artes mecánicas hacen posible: un descubrimiento lírico de algo así como el misterio común a todas las cosas de la tierra, a todos los cuerpos que en ella viven, de ese misterio que la impureza de nuestro trato les prohibe revelarnos y nos impide alcanzar. Revelación lírica del mundo donde ya no hay belleza ni fealdad, pues cualquier transparencia es belleza y la fealdad se reduce a la opacidad y a nuestra propia ceguera. Unidad espiritual de la belleza del mundo y nosotros.

René Schwob

París, 1931

Dibujo de Héctor Basaldúa

EL ORDEN CIVIL

No es aventurado pronosticar que la experiencia liberal toca a su fin. Ha dado de sí todo lo que esperaban sus gestores. Ahora está produciendo lo que no esperaban. Primero fué exaltación de la autonomía individual, luego apología arrebatada de los derechos y las libertades. ¿Y ahora? Ahora la fermentación cada vez más ostensible y avasallante de la ambición insatisfecha, de la esperanza fallida. Porque se anunció a todos que la era del derecho y la libertad engendraría un mundo mejor. Y todo fué proclamar derechos y consagrar libertades. Y se engendró, indudablemente, un mundo nuevo. Pero no era mejor. Las leyes podían establecer ciertas formas de igualdad y ciertos modos de libertad. La fraternidad que debía proceder espontáneamente de la libertad y la igualdad, como del Padre y el Hijo, el Espíritu, no brotó en los corazones. Y las leyes no podían establecerla en ellos. Brotó, en cambio, un rencor obscuro, dilatado y profundo como no lo había conocido antes la humanidad. Y ese rencor, bajo mil formas diversas, es hoy dueño del mundo. Sólo él manda y es obedecido real y verdaderamente.

Es que de los derechos y libertades que proclamó el liberalismo, cabe decir que se fueron en vicio. Y esta vez la expresión vale en su sentido literal. Derecho y libertad se desentendieron de sus raíces, deber y disciplina. Creyeron que era cuestión de mayoría de edad; que la patria potestad del deber y de la disciplina habían cumplido su ciclo; y para acentuar la emancipación, renegaron de ellos.

Hay algo de la parábola del hijo pródigo en estas últimas fases de la conducta de la humanidad, porque todo se vuelve ahora hablar de deberes y disciplina, y esperarlo todo por esos caminos. Pero no: se anhela un orden de casa paterna; más estamos muy lejos de que el anhelo sea servido por el reconocimiento humilde de la dignidad del Padre. Hay algo de retorno en la nueva conducta que los hombres comienzan a adoptar. Pero es un retorno jactancioso. La soberbia está más enhiesta que nunca; está como exacerbada por la derrota. Las ideas de deber y disciplina son concebidas por la derecha y por la izquierda como armaduras de hierro dentro de las cuales debe meterse el hombre.

Y esto, aunque parezca paradójico, es volver a lo mismo. Multiplicáronse los derechos y las libertades, y fueron puestos en manos de todos para que cada uno se fabricase con ellos su propia armadura, según su fantasía, su pasión o su ambición. Eran algo que se incorporaba al hombre desde fuera. Como ahora resulta imposible entenderse en la algarabía de las autonomías individuales desorbitadas, suele darse en pensar que hay que uniformar las armaduras. Eso es todo. Siempre estamos ante el empeño de ordenar a la vida humana desde fuera, lo cual es substancialmente inhumano, y en algunos casos infrahumano. La lucha está trabada entre los representantes de unos cuantos—unos pocos—tipos de armadura. ¿Quién logrará imponer el suyo? Los hombres asisten suspensos a la lucha como si se jugara su destino. Y no hay tal. Se juegan, quizás, su carne, su sangre y todas las demás cosas temporales; pero el alma no está en juego. Y cuando se habla de destino

humano, se habla del destino del espíritu humano, del alma de los hombres. Ese destino se jugó hace cuatrocientos años por obra de Lutero, y todo lo que sea decidirse en la línea de aquella dirección, es dejar en lo substancial las cosas como están. El mando o la riqueza cambiarán de dueño; pero mientras el hombre no se redima en lo más íntimo de sí mismo de la abjuración con que adquirió la tan decantada autonomía, la riqueza y el mando, bajo todas las apariencias, seguirán siendo, como hoy, de un solo dueño invisible: El Príncipe de este mundo. Luego, sólo servirán, como ahora, para perder al hombre.

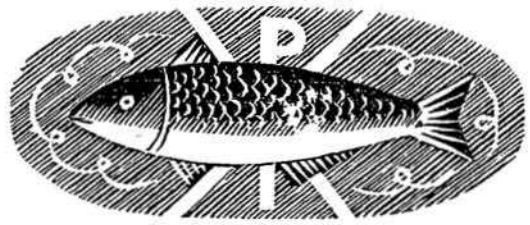
•

No somos personas pura y exclusivamente porque seamos libres; pero si no fuéramos libres, no seríamos personas. Altísimo atributo el de la libertad, pero de gravísimas consecuencias. Estamos ante un destino que debemos cumplir porque en ello nos va la dignidad, la propia condición humana. Y contra ese destino, que consiste en la plenitud de lo más elevado de nosotros mismos, que es el espíritu, se levantan las solicitaciones de la sensualidad, y las de la soberbia intelectual que tironean en dos direcciones distintas, pero las dos hacia abajo. La una reduciendo la vida humana a un apetito obscuro; la otra haciendo de la inteligencia una parodia de divinidad. Pero ni la una ni la otra pueden contra la libertad de que estamos investidos. Sin embargo, la libertad también consiste en la posibilidad de entregarnos a ellas, no obstante saber que nos degradan, y saber que poseemos la facultad de superarlas. Somos, pues, infinitamente más que ejecutores del propio destino; somos *responsables* de su realización. Lo extraordinario en el hombre no es que sea capaz de alcanzar su fin supremo, sino que es capaz de renunciarlo. Tiene la facultad de volverle la espalda. De él sólo es la posibilidad de *la heregía.*

A esa libertad interior corresponden, como custodias de ella, las libertades civiles y políticas. En este punto, derecho y libertad se identifican. Tener derecho es siempre, en un cierto sentido, tener derecho a una libertad. Tener derecho al ejercicio de nuestro libre arbitrio, para que nuestra actividad social que es ejercicio del libre arbitrio en actos de relación con nuestros semejantes posea, como la conducta íntima individual que es ejercicio recóndito de ese mismo libre arbitrio, dignidad humana proporcionada a la responsabilidad que en dicha conducta nos incumba. Así como el derecho abre paso al deber, las libertades civiles y políticas abren paso al derecho en la urdimbre de las voluntades individuales. Y así como no hay derecho que no tenga su razón en el deber, no puede concebirse una libertad razonable que no corresponda a un derecho. Al través del derecho las libertades civiles y políticas se subordinan al deber moral. Soy acreedor a libertades civiles y a libertades políticas en la medida en que me sean necesarias para el cumplimiento de los deberes que me impone mi condición esencial y las circunstancias en que me toque vivir.

Hay, pues, relación natural necesaria entre la libertad moral individual — el libre arbitrio, — y las libertades civiles y políticas. Pero no es relación de equivalencia. No corresponden libertades civiles y políticas a todas las manifestaciones de la libertad moral.

El destino moral del hombre está en sus manos. Dios lo ha querido así. Por eso la intimidad espiritual, donde se forjan las determinaciones voluntarias, es absolutamente inaccesible desde fuera. Puede quitársele al hombre la vida; no se puede quebrantar la libertad moral del hombre



EL HERMANO POLITICO

Hobab, hermano político de Moisés, no quería partir con él hacia la tierra prometida. La tierra prometida era la patria de destino para la iglesia de Israel, y Hobab prefería la patria de origen, la tierra donde había nacido. Hobab era en cierto modo un nacionalista.

Moisés conducía la iglesia de Israel — como el Pontífice conduce la iglesia de Cristo, — y era conducido por la nube del Scñor — como el Pontífice es conducido por el Espíritu. — Hobab no entendía mucho de cosas del Espíritu, pero conocía bien el desierto: era especialista en lugares áridos.

La pedagogía, la sociología, la economía política y demás lugares áridos tienen especialistas en la iglesia de Cristo: son los hermanos políticos.

Y Moisés dice a Hobab: —Ven con nosotros para que te hagamos bien. Le invita a la vida perfecta, le invita a la patria a través de la vía dolorosa. Y Hobab: —No iré contigo, sino que me volveré a mi tierra, en la que nací.

El conocimiento del desierto es peligroso, pues conduce a su amor, amor de la sequedad, amor de la tierra que no riega el Espíritu. Pero el desierto puede ser atravesado, superado para llegar a la patria, por la vía invisible que señala la nube oscura de día, luminosa de noche, por un conocimiento que es oscuro con respecto a la luz y es luz con respecto a la sombra.

Moisés quiere salvar a Hobab, quiere llevarle por el desierto que Hobab conoce pero que no puede atravesar. —No nos dejes — le replica, — porque tú sabes en qué lugares debamos asentar el campo en el desierto, y serás nuestra guía. El sabio — dice San Gregorio — pedía ayuda al orgulloso para dársela: rogábale que le condujese para conducirle.

Y de ese modo el siervo inútil, hinchado de ciencia, engañado no, vencido por el ardid de la misericordia, entró en la vía dolorosa que prepara a la paz.

NUMERO

que afronte la determinación de mantenerla, en el bien o en el mal. No está en la mano de nadie hacer que el hombre se salve, o impedir que se pierda, si él se propone lo contrario.

Con el destino de la Sociedad o del Estado sucede algo muy distinto. No puede estar librado al arbitrio de cada ciudadano. No hay personalidad humana, si no hay libertad moral. Por el contrario, no hay Sociedad o Estado, si no hay disciplina. La existencia de toda Sociedad supone un propósito común que puede, en ciertos casos, ser libremente elegido, pero que después de la elección debe ser necesariamente respetado. Y si se trata de una Sociedad exigida por la naturaleza, como la sociedad política, el propósito común no es elegible en principio, aunque lo sea en el hecho. Está determinado por la finalidad natural que esa sociedad debe cumplir. Luego, la existencia de semejante sociedad no sólo supone una cualquiera disciplina; requiere la disciplina conforme con su fin propio, y no puede subsistir bajo ninguna otra.

¿Qué alcance y qué sentido tienen las libertades civiles y políticas en tal orden de cosas? Las libertades civiles remueven los obstáculos que el arbitrio desordenado de mis semejantes pueda oponer al ejercicio de mi derecho. La libertad política resguarda del abuso del poder haciendo posible y eficaz la oposición a la conducta de la autoridad que olvida o violenta el fin propio de la comunidad. Para decirlo todo en una sola frase: las libertades civiles y políticas tienen por fin resguardar y hacer posible el ejercicio correcto de nuestra libertad moral en todas las circunstancias originadas por la convivencia civil y política. Ese fin da fundamento y sentido, y pone límites a las libertades civiles y políticas. Se trata de establecer y mantener un orden conforme con las exigencias de la naturaleza humana; esto es, que ponga al hombre en la línea de su destino supremo. Un orden que asegure la libertad del hombre *en la línea de ese destino, y sólo en ella.* Otra cosa podría ser organización, no sería orden. Podría ser sistema, no sería disciplina. La razón de las libertades civiles y políticas está, pues, en la necesidad de la disciplina natural. La Sociedad y el Estado no existen para proteger las libertades sino para ordenar y dirigir al hombre, y hacer posible su plenitud. La perfección social y política, no ha de buscarse en un orden de libertades absolutas, sino en la libertad de un orden absoluto.

•

Sólo por misericordia de Dios la fuerza, la inercia, el instinto de conservación pueden hacer que subsistan la sociedad y el Estado al cabo de ciento cincuenta años de predicación de las libertades como fines supremos. Pero ya es innegable la claudicación acelerada de las estructuras que aquella predicación imaginó para conciliar la convivencia con la autonomía individual en libertad. Por eso se ensayan nuevas estructuras con angustia y apresuramiento.

Pero hay algo invisible y que es, sin embargo, más evidente que aquello para la inteligencia: la desarticulación de la estructura espiritual del hombre. No hay en él disposición interior para ordenarse. Las disciplinas podrán cercarlo y someterlo; no se incorporarán a su intimidad profunda. Su vida no será un vivir gra-

cias a ellas, sino a pesar de ellas. Para sentirlas menos estará agazapado dentro de ellas aguardando el momento de trasponerlas en una afirmación de libertad y de soberanía individual. Porque no es que esté en reflexivo desacuerdo con la disciplina que se le imponga; está en desacuerdo radical con cualquiera pretensión de imponerle alguna disciplina que no sea compatible con la plenitud de su libertad y su soberanía. No está contra tal o cual orden sino contra *el Orden,* contra todo principio de subordinación esencial. El hombre moderno lleva el sello romántico. Su vida es pasión sin disciplina. Extremado el desorden, la fuerza o la necesidad, le están haciendo entrar en una disciplina; pero la acepta sin pasión, no la incorpora a su intimidad vital. No es una actitud que nazca de él y lo eleve ordenándolo; es un esquema que desde fuera lo limita, empequeñeciéndolo. Y ya hemos dicho que el centro mismo de nuestra personalidad — convicciones de la inteligencia, intenciones de la conducta — es inaccesible a cuanto venga de fuera. Y es inexpugnable. Todo lo que se haga desde fuera para convertir al hombre será estéril. ¿Qué esperar, pues, de la humanidad contemporánea que sólo cree en la política y en la economía?

No se trata de negar la eficacia proporcionada a su naturaleza que puede tener una buena estructura política o un inteligente régimen económico. Pero es indispensable que por encima de ese reconocimiento se yerga en el hombre la convicción de que su destino supremo no está suspendido de la política ni de la economía. Ni la política, ni la economía pueden salvarle; pero él puede salvar a la política y a la economía. ¿Cómo? Mediante una disciplina que sea florecimiento de su ordenación espiritual.

La disciplina — individual o colectiva — debe ser una manifestación, un episodio del orden cósmico, de esa natural disposición de todas las cosas conforme a la razón eterna de su ser. No consiste en concebir un sistema como quien crea una obra de arte, sino en *ver* — ver con la inteligencia — el eterno sistema en que todo ha sido creado; *ver* el último, supremo fin para el cual existen todas las cosas; *ver* la razón profunda de las jerarquías naturales. Este ejercicio austero de la inteligencia, que no es labor de sabios ni de filósofos, sino deber de todos, y que con tanta mayor perfección es cumplido cuanta mayor humildad sea puesta en su ejecución, nos coloca en el corazón mismo del orden universal, porque si la mirada es limpia y la voluntad recta, esa visión es, en definitiva, visión de Dios.

Ante Dios no hay otra actitud natural que la de adoración. Por eso, la verdadera disciplina, la que comienza por ser ordenamiento espiritual, la que brota del extremo más fino y más alto del espíritu, como un movimiento religioso, es primordial y esencialmente un acto de oración.

Tomás D. Casares

CIUDADES, MAS CIUDADES

Estaba de nuevo en mi cuarto del albergue de San Julián el Pobre. Las campanas de la Iglesia enlazaron mis pasos mientras subía las escaleras viejas y oscuras del albergue. Ahí las ventanas, ahí el armario de libros, y me eché en la cama a meditar. La estatua del siglo XIII del San Juan Bautista policromado del Museo Cluny me miraba con ojos lúcidos. Sonaron de nuevo las campanas. Pensé en el soplo teológico que animaba a la estatua del Bautista. El mismo soplo teológico que animó en su oración al pobre desconocido y a Dante, que paseaba de un lado a otro en figura, en aquellos días por esta misma calle infectada de hollín, moho, agua, chinos, japoneses, hindúes, ejemplares de todas las razas y todos los pueblos.

Entre campanada y campanada también salió el canto de un coro de niños que duró pocos instantes. Pensé en Dios. Causa primera, causa final. La oscuridad entraba en mi carne, rodeaba mis huesos. Ah, ah, ah. Mi cuerpo y la tierra; mi cuerpo y la vida y la muerte. Pensé en los niños de la Edad Media. ¿Cómo reían, cómo cantaban? Hace pocos días he visto desfilar por el Boulevard a niños huérfanos de la guerra vestidos con delantales negros. Sus padres murieron por la República, y pensar que los hijos que dejaron no saben hacerse el signo de Dios. Ah, estos niños tan frágiles, que no gritan ni ríen, que impresionan como ángeles verdaderos, y que de pronto uno espera ver grabados en el cielo densamente gris y oírles cantar alabanzas al creador de todos los bienes.

Ciudades, más ciudades. Mañana me iré a Bruselas con González Chaves. Ciudades, más ciudades. Y ciudades muertas según la imagen de las personas dinámicas. Pero de cualquier manera tengo que huir, huir de Teresa, de mi amor por Teresa.

Ha entrado a mi habitación la alemana Renata Koch:

—Tengo mucha alegría. He encontrado a un norteamericano que me ha dado dinero para curarme y aprender inglés. En cuanto sepa inglés me iré a vivir con él... — dice la alemana.

Siento el mismo asco y malestar que aquella tarde que comí ostras en la casa del arquitecto rubio Benderzky; la misma repugnancia de la pornografía de ese imbécil sentimental.

El arquitecto abrió las ventanas y dijo:

—A eso llaman los franceses arquitectura. Tendríamos que llevarlos a la Avenida de Mayo para que aprendieran lo que es arquitectura.

La alemana continúa narrándome sus aventuras, y luego me pregunta:

—¿Vélez anda ahora con una pintora que se emborracha?

Miro a la calle. Llueve. Pasa una mujer de cabellos rojizos. El gris oscuro de las piedras, las canciones de los parroquianos del cafetín "El abate de la espada" mueven mi nostalgia y mi muerte.

Mañana iré a Bruselas. Es preciso dormir. La alemana se ha marchado. Antes de acostarme miro la Torre Eiffel dibujada millones y millones de veces por los turistas ingleses.

Es horrible; y aquella mujer de "Los Noctámbulos", que era estudiante de latín y vendía su carne, y que me dijo:

—Tienes ojos de soñador.

—Y los tuyos, ¿cómo son? — le pregunté.

—Los míos ya conocen todo el bien y todo el mal.

La estudiante podía decir en latín: vendo sexum.

Sobre mi mesa hay un plato de porcelana con dibujos antiguos que tanto divierten al tarado que vive al lado de mi cuarto, y que siempre le pregunta a mi amiga Rambouillet:

—¿Ya se ha divorciado usted?

El amor. Ah, ah, ah. Pero no, no es el amor; pienso en la barba siniestra del pintor uruguayo Planes, los pájaros graciosos del dibujante suizo, las torres, las ventanas, las cúpulas, las calles; todo muere en mi cuerpo y mi alma. La ciudad o lo esencial de la ciudad queda deshabitado.

He visto el vuelo de los pájaros. Cae la noche, y en la noche el ramo de flores de aquel millonario colombiano ofrecido a la mujer que dibujaba con el lápiz rojo y negro el retrato de sus amantes.

A estas horas es difícil hablarle a Teresa al "Grand Hotel". Ha salido con su familia o duerme.

—Eh, mozo, una botella de vino blanco!

Ciudades y más ciudades. Teresa...

Jacobo Fijman

CANCION
de la luna verde

Con la luna verde
nació este cariño
orillas del río.

Con la luna llena
será el regocijo
del corazón mío.

Ya tienen los campos
rebrillo de estrellas
y cantar de grillos.

Madrina de plata,
no olvides la gracia
que te hube pedido:

Que crezca contigo
el cariño de ella
como crece el mío.

Rafael Jijena Sánchez

EL PRINCIPE DE ESTE MUNDO

San Judas en su epístola católica, nos revela que "cuando el arcángel san Miguel disputando con el diablo, altercaba sobre el cuerpo de Moisés, no se atrevió a fulminarle sentencia de blasfemo". San Pedro y el mismo san Judas claman contra los "audaces" que "desprecian las potestades". Cuando se trata del ángel caído, de quien Nuestro Señor dice: ved que viene el príncipe de este mundo, — no ha de olvidarse el respeto que merece la dignidad del puro espíritu.

De las tres jerarquías angélicas, la última — ángeles, arcángeles y principados — preside, según san Dionisio y santo Tomás, las cosas de la tierra. Muchos Padres han creído que el diablo no era, como se dice comúnmente, el más alto de los serafines sino el primero de la jerarquía encargada del orden terrestre. Maior eorum, qui peccaverunt, fuit terrestri ordini praelatus. Según esa doctrina, "a los ángeles prevaricadores les fué confiada la parte inferior del mundo, conforme a la perfección del orden universal".

Lucifer es así por título de origen, príncipe y príncipe de este mundo. Sin el pecado, habría conducido los tres coros de su jerarquía para disponer la liturgia de una naturaleza perfecta. Salvo el libre arbitrio, el secreto de los corazones y el inmenso campo de la gracia, todo en la tierra, por delegación divina, hubiera estado sometido a su imperio. A pesar de la distancia que separa su esencia de la nuestra, perteneciendo a la última de las jerarquías angélicas, correspondíale el principado sobre las cosas humanas, porque según enseña santo Tomás, la clase más alta del orden inferior tiene una cierta afinidad con la más baja del orden superior.

Nunca ejerció sin embargo Lucifer el ministerio que le estaba destinado. Estrella que brilló un instante en el cielo de la gracia, se hizo tiniebla al caer, tiniebla y jefe de las tinieblas de este mundo. Otro príncipe de los espíritus celestes ha ocupado el lugar del lucífero, pero a la naturaleza de Satanás sigue correspondiendo la condición de príncipe.

Francesco da Volterra: Los siete ángeles. (Cementerio de Pisa)

•

Antes de conceder a la criatura una nueva efusión de amor gratuito, Dios la examina sobre el amor: —Pedro, me amas? Adán, me amas? Lucifer, el primer interrogado, es el primero que rehusa. El hombre le sigue. Y el pecado de ambos crea entre ellos una segunda afinidad.

Lo que el ángel había perdido por su pecado, Adán se lo devuelve en parte por el suyo: recobra así, por un nuevo título su presidencia de las cosas de la tierra, si no sobre toda la naturaleza, al menos sobre el hombre pecador y la criatura material en cuanto es el dominio del hombre y puede servir para su ruina. Totus in maligno positus est mundus.

El hombre no ha contraído, por cierto, una deuda para con Lucifer: el hombre sólo debe a Dios. Pero Lucifer jugó contra Adán, y ganó. Cuando nos persigue, le asiste una especie de derecho fundado no en sus méritos, que no tiene, sino en sus funciones — justamente ordenadas por el Padre — de tentador, de acusador y ministro de los rigores de una ley que sirve odiándola y que concce como fariseo experto.

El amigo predestinado para el hombre y como su hermano mayor es quien le seduce con todos los recursos de la naturaleza, seducido él primero por la plenitud de sus propios dones.

•

La Pasión no es precio pagado al diablo, es la epifanía del amor, sacrificio voluntario ofrecido a la Santidad increada por la Santidad encarnada. En la sangre del que tomó para sí toda la muerte que había en el pecado, fué vencido el pecado, y la cabeza del pecado también. Pero la suprema equidad del Padre quizo — según san Ireneo — que fuera vencido con justicia el mismo ángel condenado por la justicia: neque enim *iuste* victus fuisset inimicus nisi ex muliere homo esset qui vicit eum. Y así para que se cumpliera toda justicia, para que la justicia abundara y sobreabundara, el Verbo hecho carne tomó para sí y para los suyos la humillación y el dolor, es decir, el desecho que Satanás, como príncipe de este mundo, no puede reclamar.

•

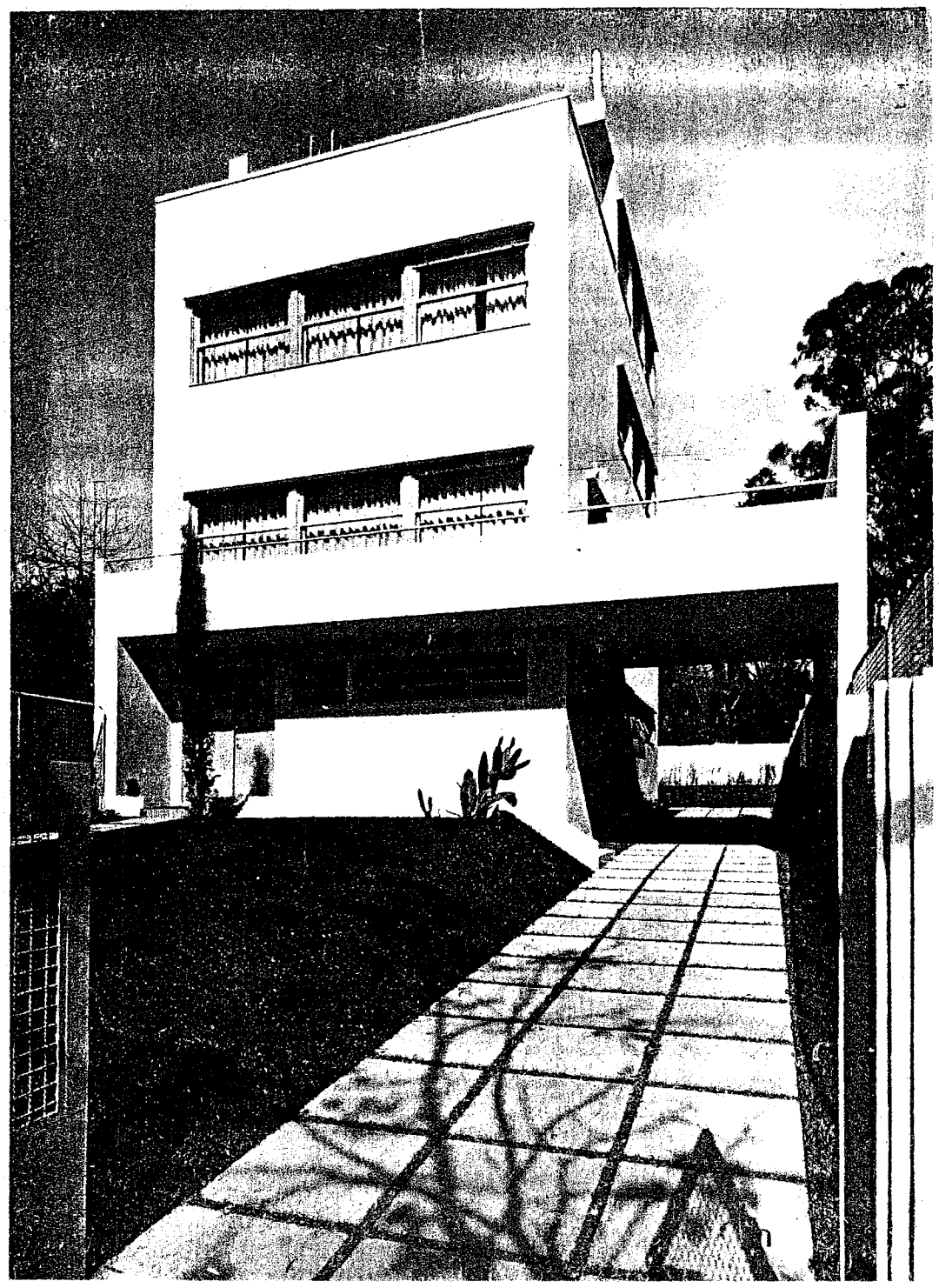
La potestad sobre el mundo, que Lucifer perdió por el pecado y recobró por el pecado del hombre, le ha sido quitada, y para siempre, por la sangre de Cristo. Pero es preciso que esa sangre se aplique al mundo y sea recibida por las almas. Allí donde no llega, queda aún el maligno. "Y así mirad, hermanos, que andéis cautamente — nos dice san Pablo — redimiendo el tiempo, porque los días son malos". La Iglesia prodiga bendiciones y exorcismos sobre las criaturas, sobre el niño a quien bautiza y sobre el agua del bautismo. El sacrificio único, perpetuado en la misa, la oración que no cesa de los santos redime el espacio y el tiempo palmo a palmo e instante a instante.

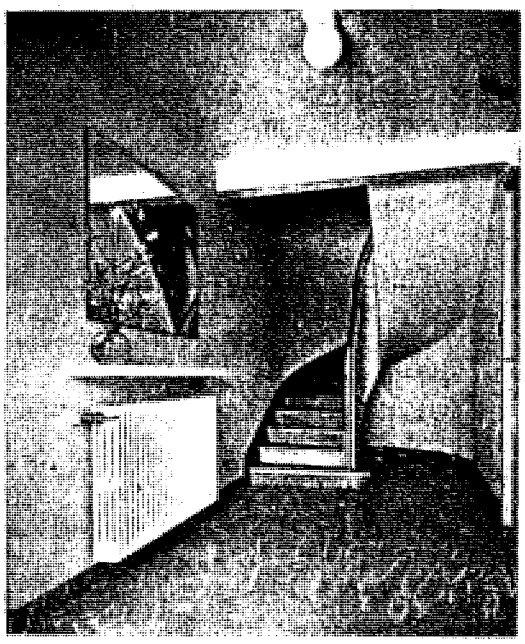
R. M.

Del 7º número de "Chroniques".
Traducción de "Número"

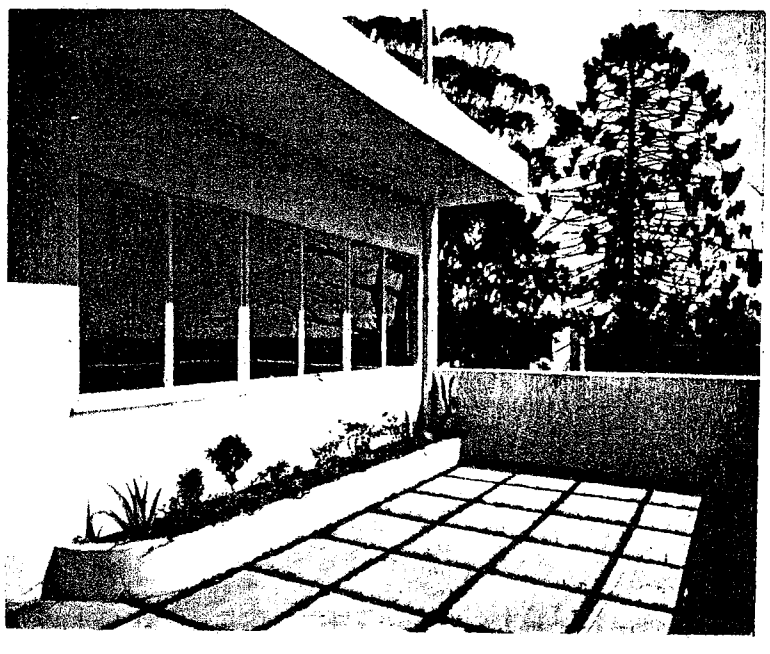
La casa del hombre

La vanidad nos falsifica de tal modo que nos obliga a rodearnos de falsedad. El más ínfimo burgués tiene sueños versallescos y quiere construir su casa según el modelo del palacio. A fuerza de repetirse, esa mentira nos ha dejado su cansancio, porque la mentira aburre. Algunos arquitectos (o todos los que así pueden llamarse) han recogido la lección negativa de nuestras ciudades. Han visto que para construir la casa del hombre es necesario fijarse en el hombre. Lo han considerado en su realidad física, en sus funciones fisiológicas, en sus necesidades psicológicas. Es mucho, aunque no es todo. Pero esa limitación corresponde al aspecto más consciente del arte moderno, es decir a su posición ascética. Afortunadamente, cuando el artista plantea con lucidez la parte más material de su problema y la resuelve con economía (única forma de resolverla), el espíritu queda libre para decir su palabra. Y esa palabra, en una época de dispersión, en la que están oscurecidos o invisibles a nuestros ojos los signos de la comunión de los santos, esa palabra es el secreto incomunicable del artista.





CUATRO ASPECTOS DE LA CASA CONSTRUIDA EN BELGRANO POR EL ARQUITECTO ALBERTO PREBISCH



ANGELES OLEO DE J. A. BALLESTER PEÑA

DIBUJOS DE MATTHIAS GRÜNEWALD

(1485-1530)

TRES MISTERIOS DE SEÑOR SAN JOSE

La presentación del Niño

En el Templo de Jerusalem, cuando los misterios de la purificación de Nuestra Señora, pobre, ofrece dos palomas "porque su mano no encuentra", y, padre, paga los cinco siclos para rescatar al Hijo. San José rescata para sí y para nosotros, de mano de los sacerdotes, la víctima que Judas habrá de venderles más tarde — pues este momento del ofertorio anuncia el sacrificio, pero considera la víctima, el "ecce venio" del que ha recibido un cuerpo y no le es llegada todavía su hora.

¡Admirable entrada de los padres con el Niño para hacer según la costumbre de la Ley con él! Es evidente que todos los profetas darían sus profecías por el consumante "Nunc dimittis" que pronuncia el Anciano, y es evidente que todas las hijas fecundas de Israel tomaron sus maridos y les dieron multitud de hijos porque no les fué concedido la vejez de Ana: no tuvieron la viudez de muchos días de esta viuda que está diciendo a todos alabanzas del glorioso Niño Dios!

Como el ofertorio en la misa, la presentación del Niño es un sacrificio anticipado, una misa concedida a la Sinagoga para consuelo de las reliquias de Israel que esperaron el reino de Dios en la fidelidad de la oración. María, que asistirá a su Hijo en la cruz, lo trae ahora en sus manos, y es a ella, sólo a ella, a quien se dirige la palabra del anciano Simeón. San José contempla todo esto de pie, en silencio. Su actitud es semejante a la del Subdiácono durante el ofertorio de la misa.

En otros pasos de su vida el silencio de san José es penoso, es el silencio de agonía de los santos. Aquí su silencio es pacífico. Está más allá de la agonía; más allá, también, del éxtasis.

Simeón tenía respuesta dada del Espíritu Santo que él no vería la muerte sin ver antes al Cristo del Señor. Y vino por espíritu al Templo, y vió con los ojos de la cara al Cristo de Dios bendito, y pidió ser llamado de esta vida — porque se puede morir en el éxtasis, pero no se puede vivir en él si no es muriendo.

Simeón es de la tribu sacerdotal. Puede ver con sus ojos pero no puede guardar consigo la hostia del nuevo rito, y por eso es despedido. San José es de la Casa y familia de David. Su alma está más allá del éxtasis; Dios la ha puesto en la abundancia de todo bien de otras moradas más interiores, y, por una elección más alta, le ha sido dado algo que consuma el Templo y lo destruye: Nazareth.

La huída a Egipto

La peregrinación de Jacob y el éxodo de Israel de Egipto profetizan misterios que sólo se cumplen en Jesús, y, así, cuando san José toma al Niño y a la Madre, y huye a Egipto (dejando atrás el grito de Raquel y esa alegría de los Niños que se escapan del lazo de esta vida a jugar con sus coronas), el Salmo los vé alejarse poquísimos en número, extranjeros, pasando de gente en gente y de un reino a otro pueblo, protegidos, nolite tangere Christos meos, por aquél que castiga y no permite que nadie les haga daño.

Y luego cuando vuelven de Egipto donde pasan "como pasa la mañana", dice el profeta, — pobres, desconocidos, peregrinos, traen el misterio de los que volvieron con Moisés bebiendo de una piedra espiritual, la cual piedra era Cristo! Por cuanto Israel era niño, dice el Señor, y yo lo amé, y de Egipto llamé a mi Hijo. Por cuanto, ni la peregrinación de Jacob termina con la vuelta de Moisés, ni la profecía que llama al Hijo de Egipto se cumple con Israel. Todo eso queda en promesa aguardando a san José. Y por eso la huída a Egipto no es un episodio sino un cumplimiento, algo tan sagrado como la entrada mesiánica del Señor en Jerusalem.

—No quiero, hermanos, que ignoréis, dice el Apóstol, que nuestros padres estuvieron todos debajo de la nube, y todos pasaron la mar, y todos fueron bautizados en Moisés, en la nube y la mar... Si quedamos desconcertados cuando el Apóstol nos abre así el Exodo (pues mientras el Apóstol se mueve en los misterios del Exodo, nuestra lectura sigue el itinerario de los de corazón errante, y no llega...) atónitos quedaríamos siguiendo al hijo de David con el Niño y la Madre.

Dios da a san José como gracia mística en la huida a Egipto, la peregrinación que la Promesa le hizo hacer a Jacob y el éxodo que la Ley le impuso a Moisés. Y así como Moisés recién nacido cumple la vida de Noé salvado de las aguas, así san José, en la sóla huida a Egipto, cumple el camino de aquellos inmensos patriarcas que, con ser tan grandes, le son inferiores. Ellos caminaron delante de Dios en esperanza de éste que ahora lo lleva consigo en sus brazos, ellos, cierto, con prodigios y grandiosidades caminaron, pero sólo en figura de san José.

—Levántate, le dice el ángel, toma al Niño y a su Madre, y huye a Egipto. De los ángeles sabemos que descansan y vuelan. Algo de vuelo y descanso, el movimiento circular del espíritu sería necesario para seguir los misterios de la huida a Egipto, pero ¿quién es sabio y tiene en cuenta estas cosas?

XILOGRAFIA DE
RUTH SCHAUMANN

El Niño perdido

Los santos blasfeman por amor. La altura de los misterios divinos que padecen está más allá de la confesión distinta de los fieles y es más profunda que el balbuceo filial de los pobres.

Puestos a confesar misterios de san José no podemos callar las dos noches que nos han sido reveladas de su alma: la de su agonía, cuando creyó haber perdido a la Virgen, y la de su desamparo cuando halló haber perdido al Hijo de Dios. San José anduvo camino de un día buscándole, pero la noche de su desamparo duró tres días. —Tu padre y yo angustiados te buscábamos, dice la Virgen.

Lo buscaron angustiados. Los padres del Niño Dios habían perdido al Hijo de Dios. ¿No vamos a blasfemar denunciando una imprudencia? La imprudencia es un pecado. ¿Imprudencia de quién? ¿de la Madre? ¿del Niño, que se quedó calladamente sin que los padres lo advirtiesen? Denunciemos por compasión de estos dolores la imprudencia de san José.

Ahora san José no es el salvador que huye a Egipto sino el hombre de quien Dios se retira "porque ha sido hallado justo". Podemos seguir a san José en la huida a Egipto porque aquel es un camino: va y vuelve y se cumple, y cumple muchas escrituras. Pero ¿cómo seguirle mientras busca al Niño? Esto es un andar sin camino, un preguntar sin hallarlo, un padecer en la noche. De nada vale aquí correr ni querer; aquí el alma debe ser crucificada hasta que Dios haga misericordia.

En aquella primera noche de su agonía, cuando creyó haber perdido a la Virgen, como el Señor en la agonía del huerto, san José fué confortado por un ángel. En esta noche más dura, cuando encuentra que Dios no está con él, no lo conforta ningún ángel, sólo está a su lado la Virgen, pero la Virgen Dolorosa, y, como el Señor en la cruz (también a su lado la Virgen, pero la Virgen Dolorosa), dice: —Dios, Dios mío, mírame, ¿por qué me has desamparado? Clamaré durante el día y no me oirás, y durante la noche, y no por necedad mía!

Altura de este misterio: no es más culpable san José de la pérdida del Niño que el Hijo de Dios crucificado del abandono que hace de él su Padre. El salmo agrega (pero les indica en vano el camino porque la luz no está con ellos): ¡Y Tú habitas en el lugar santo, oh gloria de Israel!

Estaba, sí, en el lugar santo, oyendo y preguntando a los Doctores, y ellos cuando lo vieron se maravillaron, y le dijo su Madre: —Hijo, ¿por qué has hecho así con nosotros? Mira como tu padre y yo angustiados te buscábamos. Y él les respondió: —¿Por qué me buscábais? ¿no sabéis que en las cosas que son de mi Padre me corresponde estar? Mas ellos no entendieron la palabra que les habló. No recordaron en su angustia la palabra del profeta: —Vendrá a su Templo el Señor a quien buscáis.

Jesús, dice el evangelista, descendió con ellos a Nazareth, y les estaba sujeto. Este "descendit cum eis" del Evangelio renueva (sobre la respuesta del Niño que es viva llamarada de la Trinidad) el "descendit de coelis" de la Encarnación. Quien pueda entender, entienda.

Dimas Antuña

PANFLETO
contra los maestros

Yo he tenido la suerte de ser educado en colegios religiosos. Mi primer maestro fué un laico, pero estaba dentro del orden del colegio. Se llamaba Felipe Alvarez. Era español, pero tenía tanta clase que resultaba internacional. Se cuidaba las manos con un gran sentido de la limpieza, no por mariconería sino por cultura: una cultura de liberal español que reniega un poco de la humanidad española. Andaba completamente afeitado, pero hubiera podido usar una chivita discreta sin dejar de llamarse Felipe Alvarez. Más que un maestro era un preceptor de casa noble. Mi recuerdo es de simpatía pura y no de romanticismo. A los cinco años uno todavía está sin contagio.

Cuando yo hablo del maestro laico lo dejo aparte a Felipe Alvarez.

El magisterio no es un sacerdocio. Para enseñar a leer y escribir — que es el oficio del maestro argentino — no se necesita otra cosa que una relativa facilidad; lo mismo que para ser profesor de natación o vigilante.

Los maestros se creen en la obligación de acercarse al alma de los chicos, como si éste fuera un país católico donde honradamente pudiera enseñarse religión en las escuelas. Aquí no se enseña religión pero se pretende enseñar moral: una moral cómoda e higiénica que se encuentra en los prospectos de Kolynos o en los pensamientos de Jorge Washington. Los maestros que trajo Sarmiento de Norte América legaron a las escuelas normales argentinas esa inocencia de queso mantecoso que ha informado la mentalidad de nuestros educadores. Unos son positivistas y otros se han dejado tentar por la gran pillería espiritual del teosofismo; pero todos son la misma cosa: la inteligencia a régimen lácteo.

Sus lecturas se reducen por lo general a las revistas de las sociedades de socorros mutuos, donde se publican balances emperifollados y versos al estilo de Almafuerte o de Julián de Charras.

Los maestros argentinos son los seminaristas del liberalismo. Tienen el atraso de los liberales y la candorosa suficiencia de los seminaristas de la Contrarreforma. Desconocen el gusto de aprender por aprender y no aprender para enseñar. Estudian sus nociones mirando al espejo, porque desde su posición el presente es futuro.

Para ellos la historia es una colección de oleografías de hombres, de batallas y de convenciones donde siempre hay dos o tres personajes que levantan el brazo derecho. Así se ha deshumanizado la historia de nuestra patria, tal vez por enseñar demasiado la historia patriótica. Se nos ha contado, más que nada, un argumento de ópera. Sabemos las palabras del sargento Cabral en San Lorenzo o la frase de Mariano Moreno en el momento de su muerte y no nos acordamos de los hechos de San Martín. Creemos en un Belgrano con breeches amarillos y en un Pueyrredón que está a medio subir en su caballo disparando de los ingleses en Perdriel. En definitiva, se nos ha puesto delante de nosotros una ópera pobre, con mucha música prestada. Esta es la historia escolar argentina, muy distinta del espectáculo del pasado argentino; porque nos han mostrado próceres y no hombres. El Cid está más cerca de nuestra humanidad que Santiago Liniers o cualquiera de los protagonistas de nuestra historia; a aquél casi lo podemos tocar, a éstos les sentimos un olor a tinta de imprenta. Nos hicieron creer en las virtudes de los héroes pero no nos mostraron a los héroes. La enseñanza de la historia "para las escuelas comunes" nos ha escamoteado la sensación de nuestra historia. La gente — por ejemplo — tiene una pobre idea de la actuación de Belgrano porque piensa en el General Belgrano, que perdió batallas, aunque en seguida se conforme echándole encima laureles sentimentales por lo de Tucumán y Salta. Otra idea tendríamos seguramente si la lección que todos aprendimos hubiera empezado así: "Manuel Belgrano era un abogado", etc. Y siguiendo con el mismo personaje, ¿no sería mucho más lindo fijar en el recuerdo de los chicos la tristeza de las derrotas del Alto Perú con unos versitos de la época?

Palomita, palomita,
palomita de la Puna:
a Belgrano lo vencieron
en la pampita de Ayuma.

Los maestros nos hablaron de la gloriosa revolución americana y del patriotismo de los criollos, pero nos ocultaron la impopularidad de la revolución en las provincias y la lucha de los patriotas por vencer la desconfianza del paisanaje. Nos hablaron mucho del espíritu moderno de Rivadavia, pero se cuidaron muy bien de mostrarnos al mulato que tenía la mulatería de creerse un político napolitano. Se olvidaron de decirnos que mientras los indios quemaban las estancias a quince leguas de Buenos Aires él pensaba en fundar un Jardín de Aclimatación.

Así se enseña todavía la historia en nuestras escuelas: la historia militar como desfile de modelos lujosos; la historia política como una crónica más o menos movida de transmisiones de mando. ¿Es que acaso Belgrano iba a ser menos padre de la patria porque tenía voz de mujer, o nos íbamos a quedar sin Monteagudo porque le gustaba bañarse en agua de olor? Lo que nos hace falta es humanizar la historia volviéndola a la realidad; hacer ver que los hombres del pasado eran hombres capaces de mear contra un árbol cuando tenían ganas. Hay mucho más humanidad y más enseñanza de heroísmo en la palabra "¡Merde!" de Cambron que en el asunto de las joyas de las Damas Mendocinas.

La verdadera historia la conocemos recién cuando conseguimos librarnos del control moralista de la escuela: cuando nos cuentas las inmoralidades de nuestra historia. Recién entonces la comprendemos y la admiramos, y nos sentimos patriotas y unidos a ella.

Pero los maestros no quieren entender estas cosas. Enseñan lo que ellos aprendieron, vale decir, lo que aprendieron para enseñar. En el afán de querer sacar ejemplos de todo convierten a las personas en ejemplos. La definición escolar de Jorge Washington es la siguiente: "Jorge Washington fué el héroe de la independencia americana, que siendo niño prefirió afrontar el castigo de su padre antes que decir una mentira".

La enseñanza de la geografía se reduce a un puntero que recorre el hule de un mapa colgado sobre el pizarrón. De vez en cuando el puntero golpea para llamar la atención de la clase (acción simbólica de golpearle la cabeza a un chico, que el romanticismo pedagógico no consiguió desterrar del todo). Pero el puntero no hace otra cosa que señalar y señalar sobre el hule muerto, ante los ojos muertos. Los ojos de los chicos no andan ya en los mares prodigiosos de los mapas antiguos, poblados de sirenas y de serpientes, donde se viajaba con los ojos como si se viajara de veras. Ya no existe la emoción de la llegada a la costa temblona, ni se ve ya la monja que sale de su convento a sacar agua del pozo y mira con su mirada clara al navegante. El mapa antiguo era un maravilloso parque de diversiones; el maestro debía ser Marco Polo, un amante del mundo. El mapa de ahora está cruzado de letras coloradas que dicen: Exportación 545 millones. Máquinas. Tejidos. Cueros manufacturados. Importación 488 millones. Lana. Cueros. Carne. Trigo. Maíz. El maestro es nada más que un maestro normal. (M. N. N., maestro normal nacional, iniciales de sábana.)

La enseñanza de la geografía es ingrata para el normalista porque no puede sacar de ahí conclusiones morales, y sin moralismo el normalista se muere. La importancia del maestro argentino actual depende en mucho del aire maternal que adopte. Su gloria reside en la demagogia sentimental, que él llama "cariño al maestro".

Yo lamento coincidir en una opinión con Pitigrilli (parece una mala palabra de cocotte), lamento mucho haberlo leído y mucho más tener que confesarlo, pero creo que es cierto esto que dice: El hombre que ha llegado a la gloria de una carrera, el que ha triunfado en la vida, no debe volverse para exclamar ante la escuela: Gracias por haber hecho de mí un gran ciudadano! Debe decir: Gracias por no haberme arruinado del todo! (Confieso que he suprimido el acollaramiento con la familia; primero porque no se trata aquí de ese asunto y segundo porque es una imbecilidad).

En cada chico común hay un gran sabio o un gran artista. Los grandes sabios descubren a fuerza de ingenuidad, es decir, de niñez (llenando pizarrones de fórmulas o jugando con líquidos de colores); los grandes artistas crean arte jugando a las visitas con los sentidos. La escuela pasteuriza la inteligencia; consigue que el chico se avergüence de esa suprema libertad intelectual que Dios le dió para que se tratara mano a mano con la naturaleza y el milagro sin notar ninguna diferencia. La escuela quiere enseñarle lo que es aquélla y hacerle creer que éste no existe. Y cuando un hombre deja de pensar en el milagro puede pegarse un tiro.

El "sacerdòcio del magisterio" es una frase nacida de la pedantería de unos y criada por la paciencia o benevolencia de los otros. Una frase de discurso inaugural, seguramente. La pedantería es patrimonio de aquellos que tienen algo que enseñar. Es el oficio de los maestros de escuela.

Ignacio B. Anzoátegui

CONTRA UNAMUNO

No me habría ocupado nunca de don Miguel de Unamuno si no se tratara de un caso ejemplar. No me interesan sus arrebatos, su agonía espectacular de melodrama representada ante una fácil clientela de literatos españoles y americanos. Sabe que tiene un público que lo sigue y que aplaude sus caprichos, sus frases y sus genialidades. Don Miguel se opone a la dictadura y el coro de literatos irrumpe en gritos de regocijo. Don Miguel exclama: "Me duele Dios" y el coro repite fascinado: "A Don Miguel le duele Dios", no sin conmoverse ante la importante concesión que el truculento escritor hace a la divinidad. Todo esto, como se ve, podría mover a diversión. Pero a poco de reflexionar sobre este fenómeno se descubren sus aspectos angustiosos. Un librito que Unamuno publicó en francés hace pocos años en la detestable colección "Christianisme" de P. L. Couchoud, acaba de aparecer, por desgracia, en español. Se llama: "La agonía del cristianismo". Allí volvemos a encontrar uno de los más nocivos chancros ideológicos que han venido minando la desgraciada España y la han reducido a su lastimosa situación actual. Don Miguel, repito, poco me interesa; de buena gana lo cedería a su abundante clientela literaria que tan pacientemente ha cultivado. Pero, ¿cómo no acongojarse ante el terrible oscurecimiento de la inteligencia que representa don Miguel? ¿Cómo no estremecerse de horror, ante la obra de disolución que él y sus amigos vienen cumpliendo en España y cuyas consecuencias son incalculables? Todo un país librado a los furores del más mortífero espíritu antitradicional, una altísima civilización aventada por algunos profesores y políticos mediocres o malvados, millares de almas simples que recibían con humildad la pura luz del cristianismo lanzadas a las tinieblas más profundas del agnosticismo, el resentimiento en fin, comunicado a las masas por sus malos conductores, que se prepara para invertir por completo todos los valores.

Esas son en resumen las consecuencias de genialidades como las de don Miguel. Pero ¿podía importársele acaso la anarquía de su país, la salud de miles de almas? No; lo importante era conmover a su clientela con el espectáculo dramático de su destierro, afirmar su combatividad difamando al honrado militar que fué fiel a su patria y a su rey. Y si no, ¿para qué sería individualista? El es un hombre libre y como tal debe comportarse. Sabe por otra parte que eso es lo que esperan de él los "libérrimos" espíritus centroamericanos; aquellos que en la Argentina tienen otro maestro extraordinario: el doctor Alfredo L. Palacios.

Unamuno es, por su violencia, uno de los más vehementes difusores de ese espíritu antitradicional que el conde de Maistre consideraba demoníaco. Pero como se ha alterado el sentido de todas las palabras, quiero advertir que cuando hablo de tradición me refiero a la tradición viviente de la Iglesia Católica, a aquella que, asistiéndonos con los Sacramentos, la Liturgia y la Doctrina, se apodera de toda nuestra vida y la transforma para engendrar en nosotros "el hombre nuevo".

Don Miguel ha asimilado profundamente todas las ponzoñas ideológicas del Renacimiento y la Reforma. La metafísica no existe para él; de modo que se ha privado totalmente de la vida de la inteligencia. El centro de la vida está en el hombre. La Verdad — aquí viene la pregunta de Pilatos: "Quid est veritas?" — y la imbécil respuesta de Renán: "quizá en el fondo la verdad es triste". Pero, naturalmente, la verdad no debe desdeñarse porque es algo "colectivo, social, hasta civil; verdadero es aquello en que convenimos y con que nos entendemos". Y como el cristianismo "es algo individual e incomunicable" viene la lucha, la "agonía", la oposición de Jesús y San Pablo (!). Pero en esa lucha el hombre se "hace" su alma. "Y el fin de la vida es hacerse un alma, un alma inmortal", alma que es su propia obra (!). De modo que "al morir se deja un esqueleto a la tierra, un alma, una obra a la historia". La verdad ha cumplido pues su misión. Y este bajo y repugnante pragmatismo es el que profesa don Miguel.

No es el caso de enumerar las absurdas deducciones que saca Unamuno de esta sumisión de lo Absoluto a lo Contingente, de esta pedestre conversión del espíritu a la vida biológica que es por otra parte común a todo el humanismo. El libro es cómico por la grosería con que están tratados los problemas, por la manera torpemente carnal de considerar las cosas espirituales. No hay un párrafo que no sea disparatado, no hay una referencia al Evangelio o a San Pablo que no altere con la interpretación más chata, miope y arbitraria el sentido absoluto y luminoso que esos mismos pasajes tienen en la gran tradición de los Padres de la Iglesia. El pobre don Miguel llega en su egolatría y su ignorancia hasta compararse con San Pablo, San Agustín y Pascal. No los admira; naturalmente en ellos se admira a sí mismo.

Y lo cierto es que no entiende absolutamente nada de nada, ni del Evangelio, ni de la Iglesia, ni de San Pablo, ni de San Agustín, ni de Pascal, ni de España ni de cuanto trata con orgullo de filólogo en este y en sus otros libros. ¿Pero cómo podría entender algo este hombre si niega la inteligencia, si se ha encerrado en un bajo y soberbio voluntarismo? Castigo ejemplar éste de la ceguera que se halla reservado para los sabios de este mundo, para los dueños de la ciencia que hincha.

Pero sería pueril intentar una refutación de las torpes y viejas afirmaciones que repite Unamuno en este libro admitiendo sin vacilación todos los lugares comunes de la estúpida crítica histórica, corrigiendo a San Pablo con las conclusiones de Renán!, desechando toda la luminosa tradición de los Doctores y los Santos, pero apoyándose en el testimonio de algunos frailes apóstatas y particularmente de un Padre Jacinto — ¡sacerdote y discípulo de Lamartine!, — que colgó los hábitos y escribió un diario íntimo de una indescriptible ridiculez sentimental.

Lo que me interesa es la influencia que una obra semejante ejerce sobre la mentalidad oscurecida de los países de habla española donde suele tenerse a Unamuno por maestro. Véase la trampa que prepara para aquellos en quienes la tradición católica se ha desvanecido. El cristianismo — dice — es una agonía de amor y conocimiento del alma sedienta de Dios; es una lucha individual, de solitarios, que nada tiene que ver con la política, la historia, la civilización, el templo, la obra en fin de Salomón, vale decir: la Iglesia. Jesucristo ha dicho: "Mi reino no es de este mundo".

Don Miguel se presenta después de tantos otros como defensor de la espiritualidad del cristianismo contra la Iglesia que quiere complicarlo en la vida social. San Pablo fué quien inventó este supuesto cristianismo social porque a la vez que un místico era un leguleyo! San Agustín era ya "el hombre de la letra"! Pero el cristianismo nada tiene que ver con todo eso, el cristianismo exige la soledad perfecta.

Esta conclusión no inquieta a Don Miguel porque no piensa practicarla. Lejos de ello no cesaba de gemir burguesamente en su destierro, ante el profundo dolor de los vates americanos sedientos de libertad, porque lo habían separado de su familia, de sus comodidades, de su patria. Pero esta idea del puro cristianismo es un hallazgo. Porque de ese modo se separa del mundo y de la historia el orden cristiano que estorba sin duda a las genialidades de don Miguel. Ha sido la tendencia constante de las herejías, que este hombre repite con el aire inconsciente de un descubridor, destruir esa unidad sobrenatural que la Iglesia ha creado de lo divino y lo humano en forma tal que lo humano esté subordinado a lo divino y que la materia, penetrada por el espíritu, sea una oblación viviente al Creador. Ese poder sobrenatural conque la Iglesia santifica la vida y penetra las culturas y civilizaciones imponiéndoles el orden que conviene a las más altas necesidades del hombre, tiene forzosamente que molestar a don Miguel. En una sociedad cristianamente organizada se repudia al individuo que es traidor a su Dios, a su Patria y a su Rey. En una sociedad como la actual en cambio, donde

NUMERO

REVISTA MENSUAL - 25 DE MAYO 11

REDACTORES: Emiliano Aguirre, Nimio de Anquín, Dimas Antuña, Juan Antonio, J. A. Ballester Peña, Héctor Basaldúa, Francisco Luis Bernárdez, Rómulo D. Carbia, Víctor Delhez, Francisco Durá, Miguel Angel Etcheverrigaray, Jacobo Fijman, Rafael Jijena Sánchez, Carlos Mendióroz, Emiliano Mac Donagh, Rodolfo Martínez Espinosa, Ernesto Palacio, Alberto Prebisch, César E. Pico, Mario Pinto, Manuel Río, Carlos A. Sáenz.

SECRETARIOS: Ignacio B. Anzoátegui, Osvaldo Horacio Dondo y Mario Mendióroz.

Número suelto: veinte centavos
Suscripción anual: dos pesos

el cristianismo es asunto de conciencia individual, se exalta a un hombre semejante y se le tiene por maestro. La Iglesia ordena todas las acciones del hombre a su fin último que es Dios, prepara en el mundo el advenimiento del reino de Dios que es la justicia. Pero ¿qué es la justicia para don Miguel? "En moral algo; en religión, nada".

Y aquí se descubre la perversidad interior de este sofisma. Porque bajo el disfraz de restituir al cristianismo su pureza — pretensión constante de los movimientos más impuros, — oculta un odio satánico al Reinado de Jesucristo y una entrega regocijada del mundo a todas las potencias del demonio. No es otro el escondido afán de este individualismo soberbio, del "idealismo" de los Renán y los Unamuno. El cristianismo nada tiene que ver con el mundo, con la cultura, con la civilización — sostienen. — Debe combatirse a la Iglesia porque descubre al mundo los tesoros infinitos de la Revelación, porque establece en él el Reinado de Jesucristo, porque lo separa de aquel otro mundo — el de don Miguel precisamente — por el cual Jesucristo no ruega.

El cristianismo estorba en el mundo; el mundo es para don Miguel, para los literatos americanos que lo admiran, para los endocrinólogos y penalistas que han derribado la monarquía española y tienen un odio feroz a todo lo grande, y lo noble, a todo lo que no sea glándulas y tendencias delictuosas; el mundo es para los políticos socialistas, para toda esa burguesía profesional que aspira a llenar su estómago con los despojos de la nobleza hasta que se levante el proletariado y consume la anarquía borrando los últimos rastros de la organización jerárquica del mundo.

Esto es quizá lo que deseaba don Miguel y esto es lo que aparentemente ha conseguido. No olvidemos que en el plan divino, como el Santo Padre nos lo recordó hace poco, el mal se permite para que resplandezca con mayor fulgor el bien. Pero la obra de este mal español, como la de toda esa generación, está dando sus frutos y convenía investigar lo que se oculta debajo del "idealismo" de Unamuno.

Mario Pinto

JACOBO FIJMAN

ESTRELLA DE LA MAÑANA

•

PROXIMAMENTE

aparecerá editado por

NUMERO

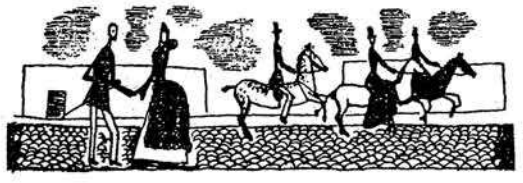
25 de Mayo 11 - Buenos Aires

ARQUITECTURA, URBANISMO

El problema de la arquitectura contemporánea, tal cual se acostumbra a encararlo entre nosotros, conduce fatalmente a resultados falsos. No son los arquitectos los únicos culpables de ello. La organización individualista de nuestras ciudades obliga a considerar la *casa en si* como el fin último de la arquitectura. En las buenas épocas, la casa no existió sino en función de la ciudad. Un sistema estructural bien establecido producía la unidad estilística de que carecen las ciudades contemporáneas. El problema así planteado nos lleva directamente a una mera renovación formalista. Porque tiene que resolverse dentro de un sistema urbano erróneamente establecido, y que imposibilita toda libertad legítima en la concepción arquitectónica. Por excelentes que sean las intenciones de un arquitecto, ellas se ven tiránicamente supeditadas a las absurdas contingencias de una ciudad sin orden ni concierto. Y puede decirse, sin exagerar demasiado, que en la ciudad actual son las paredes medianeras y no el arquitecto las que presiden el planeo de un edificio. Entre dos inamovibles medianeras que limitan con abuso cualquier fantasía, ya no se trata de resolver un problema *a la moderna* o *a la antigua*: se trata sobre todo de hacer lo único posible. Lo mejor posible.

Queda la fachada. En realidad, el problema del modernismo en nuestras ciudades se reduce forzosamente a un problema *de fachada.*

Mi amigo X, arquitecto tradicionalista, me dice: trabajo sobre las planchas de Blondel y de Daly. Mis edificios, de un Luis XVI discretamente modernizado, valen lo que vale mi habilidad para concebir y realizar un plano. En todo caso, no carecen de ninguna de las ventajas prácticas que pudiera conferirles otro criterio estético que el que me ha guiado hasta hoy. Dentro del estilo que me he impuesto, mis cocinas y mis cuartos de baño están equipados con lo más perfecto y último que produce la técnica moderna. Mis edificios poseen excelentes sistemas de calefacción y refrigeración centrales. Teléfonos internos. Aparatos incineradores de basura. Enchufes para radiotelefonía... Las ventanas de mis dormitorios, si bien más altas que anchas — a la buena manera tradicional, — dejan pasar una luz suficiente y agradable. Y sin alterar esencialmente el estilo, he llegado a suprimir adornos y molduras demasiado obsesionantes. ¿Podría obtenerse algo más perfecto mediante un simple cambio de estilo? Una solución *moderna* del programa impuesto, ¿podría aportarme ventajas que no me procure mi presente acatamiento respetuoso de las viejas normas?



Mi amigo tradicionalista tiene toda la razón del mundo. Me apresuro a declarar que descarto intencionalmente, para dársela, cualquier consideración de sensibilidad y de gusto. Lo que falla en el caso es el planteamiento del problema. Un programa arquitectónico impuesto por la ciudad actual no admite en verdad muchas soluciones: una pequeña lógica cotidiana basta para encontrar las mejores. Dentro de ese programa riguroso y absurdo, la categoría estética de la arquitectura ha de estar forzosamente determinada por factores externos, puramente formales, *decorativos*. Pero la esencia misma del problema queda inatacada.

Uno de los fines primordiales de la nueva arquitectura es la economía. Economía intelectual y economía material. Ninguna consecuencia técnica o estética es a la larga valedera sin esta condición. Una puerta lisa y simple es intelectualmente más económica que una puerta moldurada. Pero es comercialmente más cara: material de mejor calidad, mano de obra prolija y exacta. A la necesaria coincidencia de estas dos clases de economía se llega por tres factores que Le Corbusier ha definido con precisión: la standardización, la industrialización y la tailorización. Por la standardización se llega a fijar un cierto número de elementos-tipos, de funciones precisas y dimensiones constantes. Estando admitidas estas últimas, la industria produce en serie dichos elementos standardizados. Y los produce con rapidez y economía, mediante una mano de obra tailorizada, especializada en la fabricación de elementos standard.

Este es el programa a que fatalmente tiene que responder cualquier seria tentativa actual de renovación arquitectónica. Renovación estructural y no puramente formal. Renovación estructural mediante la fundación de un sistema constructivo adecuado y exacto, susceptible de vastas aplicaciones. Pero esto nos aparta ya del pequeño problema particular de *la casa*, para llevarnos a la concepción colectivista de la ciudad deseable. *Arquitectura = Urbanismo.*

Alberto Prebisch

HUBERT COLLEYE

L'AME DE LEON BLOY

•

ESTA EN VENTA

en la Librería Católica

NOEL

Montevideo 437 - U. T. Mayo 3854